

ACCESO A LA EDUCACION Y CUESTIONES DE GENERO EN CUBA¹

María Isabel Domínguez

A manera de introducción

La educación, como vía de acceso a un capital cognoscitivo, ha significado uno de los principales bienes de que dispone la sociedad para transferir a sus ciudadanos. La amplitud y diversidad de ese acceso constituye uno de los principales elementos en que se concreta la justicia social y las oportunidades de participación democrática, sobre todo si es posible establecer un nexo coherente entre la formación educacional y la inserción laboral y social posterior. Por tal razón, una mirada analítica a los sistemas educativos pasa necesariamente por la consideración de las oportunidades que brinda a los diferentes grupos sociales que integran la sociedad, en términos socioclasistas y sociodemográficos, es decir, clases y capas sociales, géneros, generaciones, grupos étnicos y raciales y, por tanto, cuáles son sus funciones como mecanismo de reproducción de la estructura social.

Desde hace algunos años dedico atención al análisis de los efectos que provoca sobre el sector juvenil la política educativa y su ejecución práctica tanto en términos estructurales, es decir, garantía de movilidad social ascendente, reproducción de clases y capas sociales, posibilidades de inserción laboral, sucesión generacional, participación de géneros, como en términos subjetivos, en especial el impacto en las aspiraciones y valores. La intención en estas páginas es hacer referencia a la evolución de esos procesos en Cuba, pero pondré el énfasis en la relación acceso a la educación y cuestiones de género, por su dinámica histórica y sus comportamientos actuales.

¹ PUBLICADO EN: Revista Bimestre Cubana 11, La Habana, 1999.

Algunas referencias a la evolución histórica.

Es cierto que la calificación de la población como proceso social concreto, de amplia magnitud, objeto de atención por un sector especializado y dirigido a la preparación de la fuerza de trabajo es un fenómeno de la época moderna que fue creciendo aceleradamente a partir del siglo XVIII, pero no es hasta etapas más recientes que pierde su carácter elitista y comienza a incluir a nuevos y más amplios sectores.

Aunque el proceso educativo llegó a identificarse con la esencia de la etapa juvenil, la cual ha sido definida por muchos autores como el momento de preparación para desempeñar los roles de la vida adulta, especialmente el laboral, muchos grupos en esa fase de la juventud han permanecido al margen de la educación institucionalizada.

El avance tecnológico y la complejización de los procesos de trabajo con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial condicionaron la expansión y masificación de la educación y la formación profesional, incluida la de nivel superior, para preparar mayores contingentes de fuerza de trabajo calificada que garantizaran la asimilación tecnológica y una producción eficiente. Uno de los grupos donde la expansión de la educación tuvo una significación relevante fue en el de las mujeres. La propia guerra inicialmente y el proceso de creciente industrialización y urbanización que se produjo posteriormente en los actuales países desarrollados provocaron también una mayor incorporación de la mujer a la actividad económica y con ello, su incorporación a la educación incluso en áreas no tradicionales.

Pero todos estos procesos tuvieron una escala mucho menor y en un ritmo más dilatado en los países de menor nivel de desarrollo por su retraso económico y tecnológico y por su fuerte heterogeneidad estructural.

Hace apenas medio siglo la situación educativa de la población latinoamericana era precaria. En la década del 50 el analfabetismo alcanzaba niveles muy elevados, y las proporciones que accedían a la Educación Superior eran muy reducidas. Dentro de tal situación general, el sector femenino estaba en condiciones aun peores. Las

circunstancias económicas y el peso de las tradiciones culturales machistas, mantenían excluidas a la casi totalidad de las mujeres del mundo del trabajo y apenas les dejaba espacio para los quehaceres del hogar o el servicio doméstico.

El llamado "proceso modernizador" que tuvo lugar en Latinoamérica a partir de los años 50 y sobre todo durante la década de 1960 e inicios de los años 70, tuvo importantes efectos sobre la educación. En las primeras etapas con el objetivo de calificar a la fuerza de trabajo para que pudiera enfrentar los requerimientos de la industrialización y, con posterioridad, como uno de los mecanismos que permitían satisfacer aspiraciones de la población que no implicaban transformaciones estructurales más sustanciales.

Como resultado se produjeron cambios significativos: el analfabetismo juvenil en los principales países de la región se redujo entre 1960 y 1970 del 22% al 18%, para 1980 al 9.5% y para 1990 al 5.6%¹. La matrícula en la Enseñanza Superior experimentó una expansión notoria: en 1950 los estudiantes universitarios eran solo el 1.9% de la población juvenil y en 1980 representaban el 16.7%². Pero a pesar de ese avance general se mantuvieron importantes desequilibrios entre países y al interior de los propios países. Por ejemplo, mientras en algunos como Argentina y Uruguay la tasa de escolarización universitaria llegó al 36.4% ó el 31.7% respectivamente, en varias naciones centroamericanas (Honduras, Nicaragua, El Salvador) o en el Paraguay, no alcanzaba el 10%³.

Entre las mujeres los cambios educativos fueron notables. En sentido general el analfabetismo femenino era superior al masculino en todos los países, sobre todo en las áreas urbanas y especialmente en las capitales, en las que aun en 1970 las mujeres analfabetas eran 90% más que los hombres⁴.

Sin embargo, en las dos últimas décadas se avanzó sustancialmente en la alfabetización de las mujeres jóvenes, las que han llegado a tener leves ventajas en relación con sus pares varones. Algunos estudiosos sostienen que las distancias entre educados y no educados son mayores entre las mujeres de las distintas clases y grupos socioeconómicos

que entre las mujeres y los hombres del mismo grupo y que ya son especialmente pequeñas las diferencias entre los y las jóvenes en las áreas metropolitanas⁵. Para toda la región en 1990 se calculaba un 5.7% de analfabetos jóvenes varones y un 5.6% de mujeres⁶.

De igual forma, la matrícula universitaria contó con un fuerte incremento femenino: en 1950 en solo cuatro países el 30% o más de los estudiantes universitarios eran mujeres, mientras que para 1980 esa proporción no se alcanzaba solo en dos países⁷. En Argentina, por citar un caso, la proporción de hombres y mujeres en 1952 era de un 77% contra un 23% y en 1982 ya era de 57% y 43%⁸.

Quiere decir que la situación educativa experimentó una fuerte mejoría para la población latinoamericana, pero ello no siempre se acompañó del mejoramiento en otros indicadores como la situación ocupacional, los ingresos o el nivel de vida en general.

El caso cubano.

En el caso de Cuba se ha producido una importante evolución de su sistema educativo en las últimas cuatro décadas a través de la cual se han concretado y expresado muchas de las acciones de democratización y justicia social contenidas en el proyecto de la Revolución, que hoy constituyen uno de sus principales logros y, su conservación, uno de los principales desafíos. A su vez, el amplio acceso a la educación y su vínculo directo con las oportunidades de empleo, constituyó una de las fuentes fundamentales de transformaciones de la estructura socioclasista del país con posterioridad a las medidas socioeconómicas del primer lustro de los años 60.

La situación educativa de la población cubana en los años 50, aun cuando era algo mejor que en gran parte de la región, mostraba un cuadro poco satisfactorio: el 22% de la población mayor de 15 años era analfabeta y el 48% de los niños entre 5 y 14 años no asistía a la escuela. Solo el 1.4% de la población adulta tenía formación universitaria.

Entre las mujeres, el 31% de las mayores de 15 años eran analfabetas, y solo el 1% tenían enseñanza superior⁹.

A partir de los años 60 se inició una radical transformación de tal situación, signada por el efecto que produjo en todas las esferas de la vida social, el triunfo de la Revolución. La transformación educativa había sido planteada como uno de los principales objetivos en el Programa Mínimo de la Revolución, enunciado en 1953¹⁰ y a solo dos años del triunfo y enfrascados aun en numerosas actividades para consolidar el poder, se inició la Campaña de Alfabetización, epopeya nacional masiva que en solo un año redujo el analfabetismo casi a cero. Simultáneamente se inició la incorporación a las aulas escolares en los distintos niveles de enseñanza de todos los niños y jóvenes, se amplió la matrícula universitaria y se inició la enseñanza obrero-campesino para dar continuidad a la superación de los adultos que habían sido alfabetizados o que tenían niveles escolares bajos.

La creación de estas condiciones favoreció un proceso de movilidad social ascendente muy intenso a través de la educación y la calificación educacional, pues se dio inicio a la formación de amplios contingentes de profesionales, procedentes en su mayoría de los sectores trabajadores de la población (clase obrera y campesinado), a la vez que se diversificó el perfil de las carreras. Según estudios realizados con muestras representativas de las distintas generaciones que hoy componen la sociedad cubana, pudo constatarse que el 89% de los profesionales pertenecientes a la generación de los 60, procedían de sectores de trabajadores manuales¹¹.

El crecimiento de los profesionales universitarios tuvo un comportamiento diferenciado desde el punto de vista de género, pues ésta fue una de las vías por las cuales se comenzó a materializar la igualdad de derechos de la mujer. Así, por ejemplo, en las dos primeras décadas, mientras el número de graduados del género masculino creció 4.76 veces, en las mujeres creció 12.76 veces, es decir, que triplicó el crecimiento de los hombres. Por tal

razón, aumentó significativamente su proporción entre los graduados de nivel superior: si antes de 1959 de cada diez universitarios solo dos eran mujeres, ya en 1980 eran cuatro¹². La década del 80 trajo aparejados algunos cambios en la situación de la educación. Diferentes factores incidieron en ello de manera conjunta. En ese período se produjo la culminación de la enseñanza media en escala masiva para las elevadas proporciones de jóvenes nacidos durante la explosión demográfica de los años 60. La demanda de estudios superiores que planteaba esa generación era muy alta, en momentos en que ya existía una saturación de profesionales universitarios en las distintas ocupaciones, por la magnitud de la formación en las décadas anteriores y porque la evolución de la economía no generaba ya un incremento constante de la demanda como en los primeros años de aceleradas transformaciones y dinámico crecimiento.

Esto dio lugar a un conjunto de efectos entre los que vale la pena mencionar el elevado incremento del número absoluto de estudiantes universitarios – el punto máximo se alcanzó en el curso escolar 1987-1988 con una matrícula de 293 700 estudiantes¹³ – y desajustes entre graduados y necesidades de la economía con la existencia de déficits y superávits en las diferentes especialidades, a la vez que comenzó a expresarse un desbalance en la pirámide profesional, pues el nivel superior no disponía de su adecuado correlato en los niveles medios y básicos de la calificación.

En la segunda mitad de los 80 se intentó corregir estos desajustes a través de diferentes mecanismos, entre los que sobresalen una cierta reducción de los niveles de matrícula en la enseñanza superior con una ligera ampliación de la politécnica y la implantación de las pruebas de ingreso a la universidad.

Ya para esa fecha la aspiración de estudios universitarios para los y las jóvenes se había hecho extensiva a toda la sociedad, pues se visualizaba como mecanismo de acceso a un trabajo calificado que garantizaba un mayor nivel de vida así como vía de alcanzar un mayor status social. Ambos elementos formaban parte de una tradición en el país (que por supuesto, no es exclusiva de Cuba), la cual se reforzó con ciertas ventajas como

estímulo al trabajo profesional por su mayor calificación y complejidad. Esa valoración altamente jerarquizada del trabajo intelectual también favorecía la visión de que éste era el que brindaba un mayor aporte a la sociedad.

Así, por ejemplo, en estudios realizados en la década de los años 80 con jóvenes de diferentes grupos sociales, se encontró que la principal aspiración para la mayor parte se ubicaba en la esfera de la superación profesional y, en muchos, esto se asociaba a la vida laboral futura. Fue común al preguntar acerca de su principal deseo, encontrar respuestas como las siguientes: "obtener la carrera que me gusta"; "obtener una beca"; "ser buen estudiante"; "graduarme"; "poder ejercer mi profesión"; "tener éxitos en mi vida laboral"; "trabajar para tener un buen salario, para no depender de otros y poder ayudar a mi familia". En algunos casos, la aspiración de realizar estudios superiores se asociaba a "ser algo en la vida"; "ser alguien"; "ser una persona respetada"; "tener oficina propia" o "tener un cargo", cuestiones que aluden directamente al status social. Muchos veían en su calificación profesional la vía para "ser más útil a la sociedad" y "contribuir al desarrollo de Cuba"¹⁴. Incluso, entre grupos de jóvenes en los que existían pocas posibilidades reales para acceder a la enseñanza superior, pues no habían vencido los niveles anteriores y en esos momentos no se encontraban estudiando, expresaban como una aspiración ideal la de convertirse en un profesional.

A partir de 1986 se produjeron ciertos recortes en las matrículas universitarias de los cursos regulares diurnos y la implantación de las pruebas de ingreso, lo que provocó una conmoción en aquellas familias en que los hijos, después de hacer sus estudios pre-universitarios, no pudieron ingresar a las universidades y fue necesaria una amplia labor de orientación vocacional en el nivel medio superior para guiar a la juventud hacia la enseñanza tecnológica – aun cuando en esa fecha ésta era insuficiente incluso en términos cuantitativos – o hacia el trabajo.

Como resultado de estos recortes, a lo largo de la década continuó la tendencia a una fuerte presencia femenina en las aulas universitarias que se potenció a partir del

momento en que la demanda de estudios superiores fue mayor que la oferta disponible. El fortalecimiento de los mecanismos de selección para el otorgamiento de carreras, basados en el rendimiento escolar durante la enseñanza media, hizo que las muchachas ocuparan posiciones más favorables en el ordenamiento para ingresar a las universidades. Por ejemplo, en el curso 1986/87 el 30% de las personas entre 15 y 24 años se encontraban realizando estudios de nivel medio superior o superior (pre-universitario, enseñanza tecnológica o universitaria) en el sistema de educación regular y esa era su actividad fundamental¹⁵. Del total de estudiantes en esos niveles el 53,4 % eran mujeres, aunque con una desproporción en su presencia entre pre-universitarios (60,8%), politécnicos (45,4%) y centros superiores (55,2%)¹⁶.

Los años 90.

En la década de los años 90, a pesar de la aguda crisis económica y de la necesidad de implementar aceleradamente medidas para una reestructuración económica y social de múltiples dimensiones, se ha tratado de mantener – aun en los más difíciles momentos – los logros alcanzados en materia de educación, lo cual se evidencia en la conservación de la total cobertura de educación primaria para los niños entre 6 y 11 años (99,7%) y una alta tasa de escolarización en secundaria básica para la población entre 11 y 14 años (92,3%)¹⁷.

No obstante, la situación económica ha provocado en algunos segmentos de la juventud cierta devaluación de la educación, condicionada por diferentes factores convergentes. En primer lugar, se ha producido una reducción de las matrículas universitarias y una ampliación de las plazas para cursar estudios tecnológicos tanto en los niveles de calificación básico como medio, unido a cambios en los perfiles, con predominio de los vinculados al sector agropecuario, reestructuración que ya había sido considerada necesaria desde antes de la crisis económica (desde 1988 aproximadamente),

por una desproporción entre esos niveles de enseñanza a favor de la enseñanza superior.

Pero la crisis económica aceleró su implementación. Eso hace que resulte más fuerte la competencia por ingresar a las universidades lo que exige un mayor esfuerzo para alcanzar resultados académicos superiores. Hoy, "... la tasa de escolarización universitaria ha caído a la mitad de lo que era al inicio del período especial, y muestra un distanciamiento respecto a las tendencias en gran número de países de la región"¹⁸.

A su vez, la devaluación de la moneda nacional y, por tanto, del papel del salario en la satisfacción de las necesidades materiales, hacen menos atractivo para una parte de la juventud el esfuerzo que significa continuar estudios, cuando paralelamente, en la sociedad han surgido vías alternativas de obtener mayores ingresos y acceder a un mayor nivel de vida, por ejemplo, mediante el trabajo en el sector turístico, como trabajador por cuenta propia o simplemente a través de las remesas de familiares en el extranjero.

Como resultado, en el curso 1996/1997, la proporción de personas entre 15 y 24 años que se encontraba realizando estudios de nivel medio superior o superior como actividad fundamental se había reducido al 23%¹⁹, 7% menos que diez años atrás.

Esa menor proporción de jóvenes en las aulas va acompañada de un refuerzo de la feminización. En el curso 1996/1997, el 58,2% del total de estudiantes de nivel medio superior y superior eran mujeres, y las desproporciones que ya se apreciaban en 1987 se mantienen. Mientras en el nivel secundario la composición por género del estudiantado es aproximadamente del 50% cada uno, en pre-universitarios el 66,5% de los estudiantes son muchachas y en los politécnicos representan el 52,5%²⁰.

Ello produce su impacto en el nivel superior. En el período 1990-1995, el 57% de todos los estudiantes universitarios del país fueron mujeres y sólo no constituyeron mayoría en aquellas carreras vinculadas a la tecnología (las diferentes ingenierías), a la rama

agropecuaria y a algunas otras especialidades como Física y Computación²¹. En el curso 1996-1997 ya ascendían al 60,2%²².

Sin embargo, la reducción de las matrículas es solo el motivo y no la causa de estas desproporciones. Otros estudios realizados con niños en el nivel primario, refuerzan la tesis del significativo peso que tienen las diferencias de género en la socialización familiar y en los primeros niveles de enseñanza.

El estudio longitudinal del niño y el joven cubano, realizado por el Instituto Central de Ciencias Pedagógicas del Ministerio de Educación con la cohorte de niños nacidos en la primera semana de marzo de 1973 en todo el país, fundamenta cómo diferencias que se expresan posteriormente en los más altos niveles de enseñanza se gestan desde los primeros años escolares.

Según dicho estudio, a los 7 años el 5% de los niños presentaba un año de retraso escolar, de ellos el 62% eran varones. A los 11 años la cifra había aumentado al 18% y seguían siendo mayoritarios los niños del género masculino. A los 17 años (edad a la que debe concluirse el duodécimo grado), se mantenían estudiando el 70% de las jóvenes y el 61% de los varones²³.

De igual forma, otro estudio realizado en Ciudad de La Habana, para la identificación y atención a niños talentosos en el nivel primario, dio como resultado la selección de un grupo que representaba el 17% del universo analizado, de los cuales el 76% fueron del género femenino²⁴.

Tales diferencias de género no se explican si no es teniendo en cuenta las diferencias de socialización que reciben niños y niñas desde la infancia, según la cual sobre estas últimas se ejerce un mayor control familiar para que estudien, se les permite menos jugar "en la calle" con otros niños, se les inculcan con mayor fuerza normas de disciplina y responsabilidad. A ello se añade que las tareas de la educación cotidiana de los hijos, que incluyen el velar por la realización de las tareas escolares, recaen fundamentalmente sobre la madre, para la cual puede resultar más fácil la comunicación y el control de la niña que

del varón. Igualmente, la mayor parte del personal docente de nivel primario son mujeres, lo que tiende a favorecer mayor identificación y comunicación con las niñas que además son más dóciles y fáciles de manejar.

Estos procesos se refuerzan en la etapa de la adolescencia, pues se acompañan de una más temprana madurez biológica y psicológica que favorecen las condiciones para más altos rendimientos de las muchachas que las ponen en mejores condiciones para acceder a los preuniversitarios vocacionales y posteriormente a las universidades, a la vez que la trayectoria escolar del joven puede quedar interrumpida, desestimulada o pospuesta por el trabajo o el Servicio Militar.

En un estudio realizado en la Universidad de La Habana y el ISPJAE constatamos que esa mayor presencia femenina se acompaña de una menor edad que en los varones. Por ejemplo, el 38,1% de ellas tenían entre 17 y 18 años mientras que en ellos solo el 3,0% tenían esas edades, y por el contrario, el 18,2% de éstos tenían entre 24 y 25 años mientras que en las muchachas con esas edades solo se encontraba el 3,1%²⁵.

El resultado de estos procesos que se dan al nivel de la educación se reflejan en la creciente feminización del grupo profesional, que tiene un conjunto de efectos sociales actuales y perspectivas. En primer lugar, éstos se dan en la esfera laboral, donde desde 1980 la proporción de mujeres dentro de la fuerza de trabajo calificada es superior a la de los hombres. En 1996 las mujeres constituían el 59,7% del total de técnicos del país²⁶.

El incremento del papel de la mujer en la fuerza de trabajo técnica no está en suficiente correspondencia con el peso relativo que tiene entre los cuadros de dirección (administrativos y técnicos), lo que implica un subaprovechamiento de sus potencialidades. Si bien es cierto que el 24,5% del total de dirigentes del país son mujeres y eso nos sitúa muy cerca del nivel de los países de mayor desarrollo industrial (27,7%) y muy por encima de nuestra área geográfica (en América Latina y el Caribe las mujeres en empleos administrativos y ejecutivos son solo el 18,8%), estos cargos se concentran en

los niveles de base o inferiores y va decreciendo su proporción en los superiores, tanto en la dirección estatal, como en la política y del gobierno²⁷.

Por otra parte, la alta preparación profesional de la mujer tiene también importantes implicaciones en el plano de la familia, pues entre otros factores, incrementa las exigencias en la búsqueda de pareja y en su rol dentro del núcleo familiar. La mayor presencia de mujeres jóvenes en la sociedad con una alta preparación y menor de hombres con iguales condiciones, puede generar ciertas tensiones si se tiene en cuenta que predomina la tendencia a conformar parejas dentro del propio grupo social o a un predominio educativo y ocupacional del hombre, así como a un elevado peso de los elementos intelectuales en la selección que hace la mujer. Todo ello puede dar lugar a efectos diversos, desde una postergación del matrimonio, un incremento de mujeres solas y de la maternidad soltera, sino se produce un cambio de patrón en la constitución de parejas (mujer de mayor nivel educacional y ocupación intelectual con hombre de menor nivel educacional y ocupación manual).

El ya citado estudio realizado en dos importantes centros universitarios de la Capital, confirmó que existen diferencias de género en cuanto a las características socioestructurales de las parejas seleccionadas. En el caso de las mujeres universitarias que tenían una relación estable, la mitad de sus parejas trabajaba y la otra mitad estudiaba. Entre los que trabajaban casi la tercera parte eran profesionales universitarios y entre los que estudiaban dos tercios lo hacían en el nivel superior. Mientras, en los jóvenes el 15% de sus parejas trabajaba y el 85% estudiaba, pero de ellas solo el 14% y 44% eran profesionales o estudiantes universitarios respectivamente, lo que evidencia lo antes apuntado acerca de una mayor tendencia en la mujer a la búsqueda de parejas en su propio grupo social.

Otros datos del estudio de referencia refuerzan esta perspectiva, pues aunque ambos grupos lo que más toman en cuenta para seleccionar su compañero son los valores humanos (honestidad, honradez, lealtad) y los sentimientos (que exista amor,

comprensión), los jóvenes sitúan a continuación los aspectos físicos mientras las mujeres señalan la comunidad de intereses y el nivel intelectual, que evidencia diferencias de género en las valoraciones para constituir este tipo de relaciones.

A su vez, resulta significativo que a pesar de que la conformación de una familia propia concebida como la estabilización de una relación de pareja y la tenencia de hijos, se produce en Cuba en edades tempranas, en el caso de las mujeres con educación de nivel superior estos eventos se producen en edades más tardías. Por ejemplo, del total de matrimonios formalizados que tuvieron lugar en 1996, el 46% de las mujeres tenían menos de 25 años, sin embargo entre las universitarias solo el 26% de las que contrajeron matrimonio eran tan jóvenes²⁸. De igual forma, en el propio año, el 65% de los nacimientos provinieron de madres menores de 25 años y la edad promedio de la madre se situaba en 23,3 años, aun cuando este dato no se refiere a la edad al tener el primer hijo, por lo que es posible inferir un inicio de la maternidad aun más temprano. Para el caso de las mujeres con nivel superior, solo el 13% tuvo su hijo con menos de 25 años y la edad promedio de la madre en ese grupo fue de 29,2 años²⁹.

Este retraso en relación con el comportamiento medio se explica en función de las exigencias de concluir una carrera universitaria, estabilizarse en el trabajo, etc., pero también evidencia una mayor diversidad de intereses en estas jóvenes y una percepción de la jerarquía de sus roles en etapas tempranas de la vida, que puede entrar en contradicción con la visión que tienen los jóvenes del rol femenino.

Por otra parte, el incremento de la escolaridad femenina en desequilibrio con la del joven varón puede tender a reforzar el papel de la madre en la educación de los hijos ya bastante hipertrofiado en nuestra sociedad pues estarían mejor preparadas para atender su educación y ayudarlos en sus tareas escolares.

En síntesis, los desbalances por género que se están produciendo en los niveles educativos de la juventud pueden dar lugar a desigualdades en la reproducción del sector

profesional y en los niveles educativos de ambos grupos, por lo que se imponen algunas reconsideraciones que equilibren la tendencia a la creciente reducción de la presencia masculina en las aulas universitarias cuyos orígenes están en las más tempranas edades.

Todos estos elementos que apuntan a la relación acceso a la educación - reproducción social en la década de los años 90, no pueden verse al margen de la dinámica que ha impuesto la crisis económica y el reajuste de los últimos años, no solo en el plano objetivo sino también en el subjetivo. La diversificación de las formas de propiedad, la emergencia de nuevos sectores y actividades económicas y la doble circulación monetaria han provocado la ruptura de la línea continua que existía entre calificación, empleo y condiciones de vida, lo que ha provocado una cierta devaluación de la educación que ha tenido su expresión en el incremento de la no-continuidad de estudios al concluir los niveles medios.

En el plano económico ello puede significar la conservación de desbalances en la pirámide de calificación, en la que resultan insuficientes los grupos con niveles de calificación básica. En el plano social, esto contribuye a cierta diferenciación de situaciones entre la juventud, con expresiones más polarizadas en el género femenino, pues mientras se sigue reforzando la formación de un sector profesional compuesto básicamente por muchachas, paralelamente se sitúa un grupo desvinculadas de las actividades de estudio y laborales, con niveles educativos medios y sin calificación.

Según datos del Ministerio del Trabajo, a partir de 1996 el decrecimiento de la ocupación se detuvo y la desocupación alcanzó cifras entre 6% - 7%, pero ésta se concentraba en la juventud (60%), con mayor proporción de mujeres, calificación media o media superior y procedencia urbana³⁰. Aunque, según la opinión de los especialistas, ese nivel de desempleo no representa un problema social importante, sobre todo porque coexiste con un número de ofertas de plazas sin cubrir, también consideran que las posibilidades de creación de nuevos empleos son bastante limitadas³¹. Los propios jóvenes también coinciden en que la desocupación no es el

problema principal que los afecta sino la reevaluación del salario que se obtiene por el trabajo y la recuperación de su capacidad para satisfacer las necesidades³².

Todos estos procesos han producido cambios en la juventud cuyo elemento más significativo es la heterogeneización en diversos grupos juveniles, que se expresa en sus aspiraciones, escala de valores y comportamientos. En relación con el tema educativo, las aspiraciones de superación continúan estando presentes en un amplio sector, fundamentalmente hijos de profesionales y del género femenino. Pero simultáneamente, se aprecia cierta pérdida del interés por la superación profesional, la que es sustituida por la aspiración de trabajar sobre todo en determinados sectores que brindan acceso a un mayor nivel de vida (como Turismo) o buscar otras vías alternativas que aporten ingresos a más corto plazo (como el trabajo por cuenta propia) e incluso vías que transgreden normas jurídicas o morales³³.

En el caso de las jóvenes esa diferenciación resulta claramente marcada, lo que obliga a una interpretación de la situación actual de la mujer joven desde el intersección de una visión de género, socioclasista y generacional.

CITAS Y NOTAS.

¹ Infante, Isabel. "Juventud: Analfabetismo y Alfabetización en América Latina". Oficina Regional de Educación de la UNESCO para América Latina y el Caribe. Santiago de Chile, 1985. pp. 20-21.

² Rodríguez, Ernesto y Bernardo Dabezies. "Primer Informe sobre la Juventud de América Latina". Conferencia Iberoamericana de Juventud. Quito, Ecuador. 1990. p.98.

³ Rodríguez, Ernesto y Bernardo Dabezies. op.cit. p.98.

⁴ Infante, Isabel. op.cit. p.29.

⁵ CEPAL. "Mujeres Jóvenes en América Latina: Datos y Reflexiones". En: Mujeres Jóvenes en América Latina: Apuntes para una Discusión". (Compilación). ARCA-Foro Juvenil. Montevideo, Uruguay. 1985. p.52.

⁶ Rodríguez, E. y B. Dabezies. op.cit. p.91.

⁷.Ibid. p.98.

⁸ CEPAL. op.cit. p.52.

⁹ Tribunal Supremo Electoral, Oficina Nacional de los Censos Demográficos y Electoral. "Censo de Población, Vivienda y Electoral". 1953. Informe General. La Habana. pp. 143, 99 y 119.

¹⁰ Castro, Fidel. "La Historia me Absolverá". Edit. Ciencias Sociales. La Habana, 1975.

¹¹ Domínguez, María Isabel; María Elena Ferrer y María Victoria Valdés. "Diferencias y relaciones intergeneracionales en la clase obrera y los trabajadores intelectuales". (Informe de investigación). CIPS. La Habana. 1989.

¹² Datos elaborados a partir del Censo de Población y Vivienda, 1981. Comité Estatal de Estadísticas, Oficina Nacional del Censo, Tabla 40. pp 170-174. y Censo de Población, Viviendas y Electoral. 1953. Tribunal Supremo Electoral, Oficina Nacional de los Censos Demográficos y Electoral. La Habana. Tabla 37, p. 125.

¹³ Resumen Nacional del Ministerio de Educación Superior. Tabla: Matrícula por ramas de las Ciencias. Curso 1985-86 al 1994-95. La Habana.

¹⁴ Domínguez, M.I. M. E. Ferrer y M. V. Valdés. "Características generacionales de los estudiantes y los desvinculados del estudio y el trabajo". (Informe de investigación). Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas. La Habana. 1990.

¹⁵ Comité Estatal de Estadísticas. Anuario Estadístico de Cuba 1987. Tablas II.3 y XIII.8. pp.61 y 527.

¹⁶ Ibid. Tablas XIII.8 y XIII.9. PP. 527-528.

¹⁷ Oficina Nacional de Estadísticas (ONE). Anuario Estadístico de Cuba 1996. Tabla XV.19. p.305.

¹⁸ González, Alfredo. Economía y Sociedad: Los Retos del Modelo Económico. Revista *Cuba: Investigación Económica*. Año 3. Números 3 y 4. Julio-Diciembre. Instituto Nacional de Investigaciones Económicas. La Habana, 1997.

¹⁹ Oficina Nacional de Estadísticas. Anuario Estadístico de Cuba 1996. Tablas II.3, p.50 y XV.8, p.298.

²⁰ Los datos corresponden a la matrícula inicial del curso 1996-1997, según los cuales la proporción femenina entre los estudiantes en los diferentes niveles es la siguiente:

Primaria.....	48,7%
Secundaria.....	50,6%
Preuniversitario.....	66,5%
Técnico Profesional....	47,5%

De ellos:

Politécnicos..... 52,5%

Fuente: ONE. Anuario Estadístico de Cuba 1996. Tablas XV.8 y XV.9. p.298 y Tabla II.3, p.50.

²¹ Elaborada a partir del Resumen Nacional del Ministerio de Educación Superior. Tabla: Matrícula de mujeres por ramas de las Ciencias. Curso 1985-86 al 1994-95.

²² ONE. Anuario Estadístico de Cuba 1996. Tablas XV.8 y XV.9. p.298.

²³ López, J. Estudio longitudinal del niño y el joven cubano. (Informe de investigación). Instituto Central de Ciencias Pedagógicas, La Habana, 1996.

²⁴ Lorenzo, R. "Talento: Teoría y práctica en la escuela primaria". (Tesis de doctorado). Instituto Superior Pedagógico E.J. Varona, La Habana, 1996.

²⁵ Domínguez, M.I. y María del Rosario Díaz Mañalich. Reproducción Social y Acceso a la Educación en Cuba. (Informe de investigación). CIPS. La Habana, 1997.

²⁶ ONE. Anuario Estadístico de Cuba 1996. Tabla V.12. p.116.

²⁷ Informe de la Subcomisión "Acceso a la dirección en niveles decisorios", presentado al Seminario Nacional "Las Cubanas: de Beijing al 2000", celebrado en La Habana en julio de 1996. Edit. de la Mujer. FMC. pp.65-72.

²⁸ ONE. Anuario Demográfico de Cuba 1996. Tabla IV.7, p.148.

²⁹ Ibid. Tabla II.14, p.76.

³⁰ Valdés, Salvador. Economía y empleo deben marchar juntos (entrevista). Periódico Granma, La Habana, 3 de enero de 1997.

³¹ González, Alfredo. Op.cit.

³² Domínguez, M. I., et.al. Resultados preliminares de la investigación sobre Socialización e Integración Social de la Juventud Cubana. (Informe de Investigación). CIPS, La Habana, 1998.

³³ Domínguez, M. I. y M. E. Ferrer. "Efectos del Período Especial sobre los jóvenes". (Informe de investigación). CIPS. La Habana, 1993.